

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—LAS REINAS DE LAS FLORES, por D. Francisco Flores Arenas.—BANQUETE EN EL ATENEO, por D. Francisco Flores Arenas.—EL FRATRICIDA, por D. Manuel García Gonzalez.—LAS CONSECUENCIAS DE UNA MANCHA DE ACEITE, por D. R. S.—VICTORIA Y PERDON, por D. Eduardo Galluzzo.—EL POLLO DEL CARDENAL DUBOIS, por D. A. de B.—GEROGLÍFICO.

Las Reinas de las flores.

Con este epígrafe se insertó pocos días ha en uno de los diarios de la plaza un remitido, el cual ha dado lugar á cierta marejada en las regiones del bello sexo; circunstancia que nos pone en la casi necesidad de ocuparnos de él, toda vez que nuestro periódico está especialísimamente consagrado á los intereses de esta hermosa porción del género humano.

Supónese allí que en P. R., bonita villa situada á dos leguas de una importante capital de provincia, se acostumbra celebrar el primer domingo de Mayo una fiesta campestre, con objeto de elegir entre las muchas jóvenes forasteras que á la dicha villa concurren las dos mas hermosas, á las que se aclama por *Reinas de las flores*.

Este es un plagio de la zarzuela *El Valle de Andorra*, solo que allí no se corona mas que á una, lo cual es sin duda mas lógico. Dos reyes á un tiempo es como no tener ninguno. Dígalo Tebas con Eteocle y Polinice. Esparta tenía dos reyes, es cierto; pero en rigor no eran dos reyes, sino dos carabinas de Ambrosio.

En lo relatado hasta ahora no vemos ningun motivo serio de alarma. P. R. lo mismo puede querer decir Puerto Real que cualquiera otra cosa, y toda vez que consta que allí no sucedió nada de lo que en el artículo se dice, no descubrimos por donde el autor haya incurrido en responsabilidad de ninguna especie.

Pero sigamos el idilio.

Los jóvenes, provistos de zapato gamuza y sombrero hongo se dividieron en dos bandos para elegir cada uno de ellos una reina.

Esta circunstancia tampoco vemos que constituya un ataque á los derechos del monarca reinante

en el pais donde la accion se supone, puesto que no elegian una reina para sí, sino para las flores, las cuales por lo visto les habrian dado poder al efecto. Verdad es que los dueños de los huertos y de los jardines de P. R. podrian protestar contra esta insurreccion de sus claveles, de sus madre selvas y de sus flamenquillas; pero deberán consolarse con la reflexion de que otro tanto les ha acontecido á las Legaciones. No han de ser ellos de mejor condicion que el Papa.

Y continúa la reseña.

Cada bando eligió su color. El uno el rojo y el otro el azul. El primer bando aclamó por reina á la encantadora Victorina. El segundo á la hechicera Leocadia. Aquella, donosa pelinegra; esta, gentilísima rubia: bellas ambas como la misma madre del amor. Ahora bien, como en Cádiz tenemos dos originales que se semejan mucho á aquellos dos retratos, y eso con los mismos nombres, resulta que en esta circunstancia han creído muchos y han creído muchas ver una alusion personal. A esto podrá contestar el autor que los nombres del calendario no son propiedad esclusiva de nadie, y que en toda la redondez de la tierra bien puede haber miles de Victorinas pelinegras y lindas, como miles de Leocadias rubias y hermosas.

Aquí entra la píldora gorda, lo difícil de tragar.

Las jóvenes, dice, se dividieron tambien en dos bandos, y cada uno de ellos coronó á su reina respectiva.

Y decimos nosotros ahora. Si el bello sexo de P. R. es como el bello sexo de los paises que nosotros conocemos, dudamos mucho que tal hiciese, y á fé con razon sobrada. Nos explicaremos.

Si hubiese un tipo único y exclusivo en la tierra de hermosura, de gracias y de dones, la mujer que lo poseyese, ó al menos la que mas á él se aproximase, sería la única de quien pudiesen enamorarse todos los hombres; pero la naturaleza próspera ha cuidado de dar á cada una sus atractivos peculiares, sus alicientes propios; por eso son tan raras las que no hayan inspirado ó no esperen fundadamente por lo menos inspirar una pasion vehemente á un hombre. Quien por rubia, quien por morena, quien por sus talentos, quien por los dotes de su alma, quien por esa indefinible cosa que se llama *no se qué*, ello es que cada mujer puede hacer dignamente justicia

al mérito de otra sin que por ello abdique el sentimiento íntimo de su mérito propio, y sin que se someta á ser vasalla suya, aun dado caso de que reconozca en ella supremacía en una de las muchas condiciones que constituyen el valor de una mujer. Por eso digimos antes que esta era, en concepto nuestro, la píldora gorda.

Páris eligió á Venus entre tres diosas y le adjudicó la manzana de la belleza. De aquí nació la guerra de Troya. ¿Qué podría surgir si algun nuevo y osado Páris quisiese adjudicar otra manzana tal eligiendo una ó dos entre trescientas?

Sin embargo, esta dualidad de soberanía era imposible. Una reina sola habia de permanecer en su trono de flores. La eleccion se dejó, no á la suerte, sino á una cosa análoga á lo que en la edad media se llamaba *el juicio de Dios*. Los campeones fueron un corcel, una barquilla y un gallo; el primero en representacion de la tierra, el segundo en la del agua, y el tercero, por sus alas aunque inútiles, en la del aire. Triunfaron el caballo rojo y la barquilla azul. La contienda debia por tanto decidirse por el gallo, el cual dió la victoria definitiva al rojo, sin duda en honra del color de su cresta. Quedó por tanto reina definitivamente la roja, siendo tambien aclamada por el bando azul.

Ya se comprende que semejante soberanía fué puramente honorífica. Las flores no pueden dar otra cosa mas que olor.

Concluimos repitiendo que ninguna alusion vemos en lo dicho. P. R. no puede ser Puerto Real, puesto que nada de eso aconteció allí, ni á nadie, que sepamos, se le ocurrió semejante cosa. Puerto Real es hartó menos poético y hartó menos bucólico que todo eso. Lo único que hubo, segun noticias, en el espresado primer domingo de Mayo de este año fué un toro con cuerdas.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Banquete en el Ateneo.

Por un rasgo de esquisita galantería, la Junta directiva del Ateneo dió en la tarde del miércoles 23 un suntuoso cuanto delicado banquete á los Sres. académicos que durante la temporada que finaliza han desempeñado cátedras en aquel establecimiento. A este obsequio fué tambien invitado un individuo por cada una de las Academias que en él funcionan en representacion de las mismas.

La mesa, adornada con esquisito gusto y esplendidez, se habia colocado en la galería del primer piso que dá al jardin, en el cual con mucha anterioridad tocaba una música.

Hacia los honores el digno presidente general del Ateneo el Sr. D. Miguel Ayllón y Altolaquirre, teniendo á su frente al Sr. D. Pedro Víctor y Pico, que preside la Academia de Ciencias, y que tanto se ha distinguido además en el desempeño de las lecciones de derecho mercantil que se prestó á tomar á su cargo. Ocupaban los demás asientos

los Sres. siguientes: D. Juan Ceballos, D. Adolfo de Castro, D. Eduardo Benot, D. José Chezo, D. Manuel de la Orden, D. Carlos García, D. Cayetano Bodoy, D. Joaquin de Lara, D. Imperial Iquino y Caballero, D. Juan José Diaz y D. Eduardo Vassallo.

El que esto escribe tambien tuvo la honra de concurrir.

Enfermedades de los señores duque de Medina de las Torres, D. Joaquin Masnata y D. Abelardo de Cárlos, los obligaron á escusarse.

A los postres el Sr. Ayllón, en un corto discurso, fácil y oportuno como todos los suyos, dió gracias en nombre de la Junta Directiva á los señores que tan cumplidamente habian llenado en sus cátedras la mision que se impusieron, y brindó por la prosperidad del pueblo de Cádiz.

Contestáronles con su lucidez acostumbrada y en improvisaciones brillantes los Sres. Víctor, Ceballos é Iquino, y animada cada vez mas la reunion se repitieron sin tregua los brindis á la prosperidad del Ateneo y á las personas que á ella han cooperado, en cuyo número se cuenta en primer término el Sr. Ayllón. Los Sres. Lara y Vassallo lo hicieron en muy ingeniosos versos, que como fueron recitados no hemos podido adquirir hasta ahora.

Nosotros pagamos nuestro tributo en el que mas abajo insertaremos.

Terminada que fué la comida se pasó al jardin, que estaba iluminado con vasos de colores, y en el centro del cual se habia dispuesto el café. Las frescas brisas de una apacible noche hacian delicioso aquel sitio, embellecido además por la mas cordial y mas pura alegría. Allí se continuaron con mayor expansion aun los brindis ora agudos y ora ingeniosos, siempre recibidos con nuevo aplauso, terminando aquel escelente rato á una hora ya adelantada de la noche. Todos partimos llenos de gratitud y de inolvidables recuerdos.

Concluimos insertando nuestra pobre poesía.

*A mi distinguido amigo y Presidente el Señor
D. Miguel Ayllón y Altolaquirre.*

Cuenta la historia que un dia
un templo se derruía
y lo sostuvo Sanson.

No lo extraño, que á fé mía
mas hiciste, amigo Ayllón.

Del terror del filisteo
la hazaña otra tuya borra,
pues merced á tu deseo
lo que encontraste Camorra
lo volviste en Ateneo.

Y es portento para mí
juntar en un punto solo
lo que veo y lo que ví.
Nadie se cuidaba aquí
de Minerva ni de Apolo.

Tú en Cádiz hiciste honrar
la aplicacion y el saber

á todos diciendo al par:

"aquí venid á enseñar,
aquí venid á aprender."

Al loar los que lucharon
y aquel lauro consiguieron
no mis labios se mancharon,
pues fuí de los que aprendieron
y no de los que enseñaron.

Brindo porque eterna sea
de tu empresa la memoria,
y en vosotros Cádiz vea
si sócios en su tarea,
sócios también en su gloria.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL FRATRICIDA.

CRÓNICA JUDÍA DEL SIGLO XIV.

—Sí, hermanos míos, así es, dijo el viejo Jacobo levantándose; por haber cometido Cain el primer asesinato, fué condenado á ser testigo de todos los que se cometieran en el trascurso de los tiempos. Cada vez que un cuchillo se aguza en la sombra, allí está Cain para oír el golpe; cada vez que un cuerpo cae bajo un golpe mortal, allí está Cain para asistir á su última convulsion y oír su último suspiro; cada vez que se vierte en la tierra una gota de sangre, allí está Cain puesto de hinojos para recibirla en su frente maldita.

Al oír esta especie de anatema, Samuel y Leví dirigiéronse mutuamente una mirada como si hubiesen querido amenazarse.

—Voy á retirarme, continuó el viejo Jacobo dirigiéndose hácia la puerta; ya ha dado la oracion, y el señor asistente no se chanea con los que contradicen sus órdenes, sobre todo cuando son pobres judíos como nosotros. Buenas noches, hijos míos; el Dios de Israel os proteja.

Esto diciendo, dirigióse discretamente el anciano hácia la puerta entornada, que se cerró en seguida tras él.

Leví, levantando con robusto brazo las barras de hierro que servían para asegurar por dentro la puerta, las colocó sin ruido en los agujeros practicados al efecto en la pared, hecho lo cual, fué á sentarse silenciosamente frente á su hermano en un rincón de la chimenea, donde habia aun algunos restos de lumbre.

Samuel, que se habia sentado en un escabel de madera con la cabeza puesta entre las rodillas, era un hombre de unos cincuenta años, aunque á primera vista cualquiera hubiera dicho que tenia ochenta, á causa de las arrugas que surcaban su faz y su andar vacilante. No habia en él otra cosa que indicase la vida, que sus ojillos grises que brillaban en el fondo de sus órbitas, como los de un gato en la oscuridad.

En cuanto á Leví, que con la frente apoyada en

sus manos parecia sumido en una profunda meditacion, tendria unos veinte años menos que su hermano.

Su estatura era alta, sus facciones nobles y regulares.

Sus miembros nervudos y bien proporcionados demostraban cierto vigor en el cuerpo, y sus grandes ojos negros y atrevidos, una fuerza de alma no inferior.

Reinaba hacia algun tiempo el mayor silencio entre los dos hermanos, cuando Samuel acabando en voz alta la espresion de un pensamiento íntimo, lo rompió súbitamente.

—Sabes, dijo con una vocecilla agridulce y dirigiendo á su hermano una mirada oblicua, ¿sabes que nuestro tesoro es magnífico? ¿Sabes que nuestra cueva encierra por lo menos á fe mia, la fortuna de dos reyes ó de un emperador? Por Jehová, que hay en sus entrañas de piedra bastante oro para fundir algunos cetros y coronas, bastante plata para comprar algunos soldados. Hay en la buena ciudad de Sevilla algunos cristianos malditos que venderian con mucho gusto sus almas por unos cuantos puñados de nuestro oro, si es que éramos bastante necios para hacer esos tratos.

—Sí, interrumpió en este instante Leví, cuyos ojos se encendieron al oír las palabras de su hermano: hay en efecto en nuestra cueva muchas alegrías ocultas que podrian brillar al sol. Hay para comprar con nuestro oro ricos y bellos vestidos como los que llevaban los jóvenes señores de la corte de ese maldito D. Pedro; soberbios caballos como los que ellos montan, palacios magníficos como los que ellos habitan; dulces amores de hermosas mujeres como las que ellos tienen. Oh! con ese oro hay para comprar la dicha suficiente á saciar el alma de un condenado.

—Alegrías malditas que Jehová reprueba! dijo levantándose Samuel con voz severa.

A estas palabras, extinguióse de pronto el entusiasmo de Leví.

—Hermano, ya es hora de dormir, añadió Samuel tomando la lámpara de hierro que alumbraba la sala, y dirigiéndose hácia una puerta opuesta á la que daba á la calle, la abrió y despues de haber dejado pasar primero á su hermano, púsose á subir lentamente una escalera muy estrecha y empinada que daba al cuarto donde dormían.

Este cuarto, oscuro y miserable, estaba amueblado solamente con dos camas una enfrente de otra, y arrimadas á la húmeda y denegrida pared; una mesa medio apolillada, y dos taburetes ó esca-beles inválidos que apenas podían conservar su equilibrio en el suelo.

Samuel y Leví habíanse desnudado en silencio, y despues de darse las buenas noches, como de costumbre, se habían acostado los dos. La lámpara que ardia sobre la mesa, donde la puso Samuel, arrojaba en el cuarto su temblante luz cortada por las sombras.

En lo interior reinaba el silencio mas profundo, y por fuera solo se oía el silbido del viento azotando los cristales de la ventana que daba á la calle.

Ninguno de los dos hermanos se habia dormido, y á cada momento sus miradas, vagando por la sombría habitacion, encontrábanse de pronto y sus ojos se cerraban.

Al cabo de algun tiempo, ambos parecieron dormirse; pero habiendo hecho Leví un ligero movimiento, abrió Samuel los ojos y viendo que su hermano continuaba inmóvil, se acercó con precaucion al borde de su cama, como para examinarlo mejor.

Un momento despues, dejóse deslizar á tierra suavemente y llegó arrastrando de rodillas hasta el lecho de Leví.

En sus manos brillaba un instrumento de muerte....

Sus movimientos eran lentos como los de la serpiente cuando avanza tras su víctima para sorprenderla.

Luego que hubo llegado al pié de la cama, levantóse lentamente, y se halló cara á cara con su hermano que se habia incorporado, amenazándole con sus miradas y empuñando tambien un cuchillo.

Así pasó un momento tan corto como terrible.

El tiempo de cambiar, sin decirse una palabra, dos miradas de hiena que van á disputarse una presa.

Despues cogiendo Leví á su hermano por los pocos cabellos blancos que conservaba aun su calva frente, lo derribó sobre la cama y le metió el cuchillo en la garganta.

Samuel cayó rodando al suelo retorciéndose las crispadas manos como una culebra; despues estremeciéndose horriblemente en una convulsion postrera, y lanzando del fondo de su pecho un ahogado suspiro, volvió á caer como una masa inerte en medio del pavimento.

El asesino, que miraba con estraviados ojos correr lentamente á sus pies la sangre de su hermano, da de pronto un salto espantoso, oyendo repetir tras sí como un eco infernal el suspiro de su hermano, y seguir á este horrible gemido una sorda carcajada.

Un sudor helado inunda sus pálidas mejillas, erízanse sus cabellos, y su corazon oprime su pecho hasta querer ahogarlo.

Escucha con terror.

Oyese otro suspiro, y en torno de la habitacion resuenan algunas pisadas.

El horror petrifica el cuerpo del miserable, y por do quiera no ven sus ojos mas que fantasmas horribles.

Otro suspiro viene á morir en el espacio, y una voz sin nombre, cuyo soplo le hiela el rostro, murmura en su oido:

—Hermano mio, tu hermano Cain está allí!

Despues óyense en la ventana tres golpes secos y distintos.

Leví no hace mas que girar en torno de la sala, teniendo á sus pies el cadáver de su hermano; ve á la luz de la lámpara como una horrible figura que gira en la oscuridad sus grandes ojos verdes, abriendo una enorme boca, agitada por una risa satánica.

El desgraciado judío, aterrado ante la vision in-

fernal, quiere gritar en vano; su lengua permanece pegada al paladar, su corazon no late, sus rodillas se doblegan; oprímese la frente con ambas manos, y aparece ante él una sombra gigantesca que se adelanta lentamente con los brazos levantados hácia él como para maldecirle.

—Perdon! perdon! exclamó al fin retrocediendo lleno de horror; despues se precipita hácia la puerta derribando tras sí la lámpara, y lanzándose á la escalera cae en los últimos escalones como una masa inerte.

Un grito desgarrador atraviesa el espacio.

Despues, nada mas que el silencio; y el viento que zumba con un estruendo horrísono.

Una hora despues, el incendio producido por la luz de la lámpara que Leví derribó al huir, devoraba la casa de los dos judíos, y la buena poblacion de Sevilla, que se habia despertado al clamor de este horrible espectáculo, se calentaba á la luz de la hoguera, y bailaba ante este fuego como en las candeladas de San Juan.

La llama lo devoró todo, y solo se extinguió cuando no quedaba mas que un monton de cenizas.

Las riquezas, causa del crimen, convirtiéronse en polvo, sepultándose en las entrañas de la tierra, de donde habian salido.

MANUEL GARCÍA GONZALEZ.

Las consecuencias de una mancha de aceite.

Rogelio de Cancale, jóven empleado en el Monte de Piedad, que queria hacer el millonario y el marqués, halló un dia una de aquellas felices coyunturas que, como vulgarmente se dice, solo se presentan una vez en la vida del hombre. Estuvo á punto de realizar la quimera y el sueño de toda su vida, y de encontrarse con lo que hacia diez años se esforzaba en parecer con tanto ardor, es decir, poseer rentas, buenos caballos, un palacio no imaginario, lacayos empolvados y galoneados, casas de campo, parques y un palco en la Grande Opera. Todos estos esplendores brillaron por un instante á sus ojos y se desvanecieron despues como el humo. Tanta opulencia solo dependió de un hilo, ó por mejor decir, de una.... pero no anticipemos los sucesos.

Sepan Vds. que nuestro vizconde habia tenido en otro tiempo la dicha extrema de cautivar á la encantadora y rica viuda la baronesa Dorliska de la Fenouillère, quien con su corazon y su mano debia traerle un dote de cincuenta mil escudos de renta, acumulados por el difunto baron, proveedor bajo el imperio, y transformado en hidalgo bajo el reinado de la rama mayor, mediante una suma de diez mil francos, que era entonces el precio corriente de los títulos de nobleza. Además, segun decia el rentista Zamet, amigo de Enrique IV y de Gabriela de Estrées, el hombre que posee tres millo-

nes no puede ser plebeyo. Nosotros no podremos decir cómo se había manejado Cancale para hacer esta conquista: mil causas habían concurrido á este resultado capital. El nudo gordiano de su corbatín había podido seguramente contribuir á ello. Las botas de charol en las cuales se miraba este nuevo Narciso, debían también reivindicar una parte en este brillante resultado. Su extravagante chaleco no podía menos de cautivar la mas viva de todas las baronesas. Su aplomo, su fatuidad, el tono decidido en que hablaba de sus tierras y de sus criados, no habían contribuido poco á fascinar á esta última, cuyo corazón no era una roca. En una palabra, en el torbellino de un vals á dos tiempos, ejecutado el invierno pasado en un baile oficial, el vizconde, que era de los mas hábiles en este ejercicio gimnástico tan agradable á la nueva juventud dorada, se había atrevido á arriesgar una declaración en forma, que su Francisca de Rimini, arrebatada con él en el espacio, había escuchado con amable sonrisa. Al concluir la espiral, todo quedó arreglado, habiéndose declarado mutuamente su amor. ¡Qué de prisa se va cuando se valsa!

Al sábado siguiente, dieron libre curso á los tímidos deseos tanto tiempo comprimidos, y concertaron que se verificaria el casamiento en la primavera inmediata. El vizconde era demasiado hábil para tratar de quemarse en un fuego ilegítimo. Ay! en el momento en que ya brillaba para él la casta antorcha del himeneo, un celoso quinqué derramó una lágrima, y esta, que debía ocasionar otras muchas, vino á caer precisamente en el cuello del frac del futuro esposo de Dorliska.

A la mañana siguiente, al pasar una solícita revista de inspección á sus vestidos, cómplices de sus gloriosos triunfos, y al cantar entre dientes el refrán del gran poeta nacional:

Ah! mon habit! que je vous remercie!

apercibió con espanto una odiosa mancha que se extendía y pavoneaba sobre la cima de su elbeuf número uno. En vano frotó, raspó y acepilló el sitio donde la horrible señal había hecho elección de domicilio; solo consiguió hacerla mas visible.

El aceite es uno de aquellos foragidos que no abandonan fácilmente su presa: era una maravilla verle como se extendía y como impregnaba la suave y blanda trama, oscureciendo con su lívido matiz el fresco color del tejido.

Cancale debía en aquella misma mañana hacer una visita á la baronesa, quien al despedirse de él la noche antes, había dejado caer lánguidamente de sus labios esta suave palabra: "Hasta mañana!" Faltar á este convite, infringir esta orden, hubiera sido perderse y suicidarse, matrimonialmente hablando.

El vizconde, desesperado, pensó primero en el quitamanchas; pero prescindiendo de que este industrial vende sus servicios á peso de oro (tres francos y medio, precio justo de un par de guantes blancos) era ya demasiado tarde para poder recurrir á su ministerio.

El tiempo urgía, y el vizconde, abismado en som-

brías meditaciones, se puso maquinalmente su deslucido frac, tomó su sombrero, y bajando los cinco tramos que conducen á su covacha de la callejuela en donde vivía, llegó al muelle siguiendo melancólicamente la acera cubierta con la sombra de algunos haces de espinas condecorados con el nombre de tilos por la autoridad municipal. Con las manos en sus bolsillos y la nariz al aire, parecía buscar en la atmósfera alguna inspiración é implorar la Providencia.

Presentóse esta repentinamente bajo la forma de un quidam que llevaba en la cabeza un sombrero, en otro tiempo blanco, torcido como la torre de Pisa, con un enorme par de patillas, un corbatín encarnado y una anchurosa levita de castorina. Este personaje, que estaba recostado en el parapeto sobre el cual había puesto una cajita de hoja de lata, dió un brinco al aspecto del vizconde y se le abalanzó.

—Dios mio! qué hermosa mancha! exclamó; señor, por amor del arte permitidme que la haga desaparecer!

En el mismo instante cogió por el cuello á Cancale, y empezó á frotar vigorosamente con una especie de sustancia azulada que tenía en la mano, muy parecida, sin miedo de equivocarse, al jabón llamado de legía.

El vizconde abrió tantos ojos, y vuelto en sí de su sobresaltada distracción, creyó ver un ángel libertador en el brusco gitano que acababa de obstruirle el camino.

—Quién es Vd.? le preguntó.

—Quién soy yo? respondió el otro; caballero, tenéis en vuestra presencia al inventor privilegiado del célebre jabón olcaginoso-vegetal, fruto de mis exploraciones en todas las partes del globo, comprendida la Polinesia y el archipiélago de las islas Marquesas. Con este jabón, compuesto solamente de simples cojidos en las montañas mas elevadas del globo, quito todas las manchas de los que quieren honrarme con su confianza. No hay frac, ni paletó, ni generalmente tela alguna por grasienta que sea, que en pocos minutos no se vuelva limpia, neta, nueva y brillante como una pieza de doce cuartos; todo esto, caballero, todo esto por la módica bagatela de diez céntimos, ó dos sueldos, viejo estilo.

Al decir estas palabras, el industrial, cuya levita testificaba por escrito la grande opinión que tenía de su jabón, sustancia tan preciosa á sus ojos, que no se atrevía á servirse él mismo de ella; el industrial, repito, seguía empastando con un ardor sin igual el cuello del frac del vizconde.

Seducido este con tan elocuente discurso, se estuvo quieto y esperó en confianza el resultado de la operación.

En este momento fatal llegó á sus oídos el ruido de un coche. Una brillante carretela tirada por dos magníficos caballos desapelados venía corriendo por medio de la calle. Cancale miró y.... qué golpe de escena! ¡tiemblo al pensarlo!... reconoció á la divina baronesa sentada en el fondo. ¿Qué genio maléfico, qué demonio vomitado podía llevarla allí en aque-

lla hora y por el excéntrico y anti-elegante muelle llamado Pelletier? ¡Acierte quien pueda este misterio! Lo cierto es que Cancale aterrado al aspecto de su querida, perdió en este crítico momento toda su presencia de alma hasta el punto de saludarla vulgarmente, cortándose la retirada, haciendo imposible la negativa y manifestando por sí propio su triste y deplorable identidad. El vértigo que algunas veces se apodera de nosotros en el momento de un extremo peligro, puede solo explicar esta incalificable aberración.

La baronesa, que hasta este momento no había reparado en Cancale, se puso roja de confusión y de cólera al reconocer en el caballero que tan torpemente la saludaba, al radioso vizconde en manos del industrial, de equívoco semblante, que acabamos de pintar. Mordióse los labios de vergüenza y ordenó á su cochero que castigase á sus rápidos normandos para alejarse de allí, no sin haber lanzado al desgraciado *dandy* una mirada de soberano desprecio y de fulminante ironía.

El vizconde, aterrado, confuso y estupefacto sintió un sudor frío que le corría por todas partes. Con la boca abierta, las piernas estiradas y la vista instintivamente clavada en la veloz carretela, llevándose todos sus dorados sueños, se quedó inmóvil, sin aliento y sin voz, como si en el acto le hubiese cabido la suerte de la excesivamente curiosa mujer de Loth.

El privilegiado inventor del célebre jabón oleaginoso-vegetal, le sacó de su letargo diciéndole:

—Ya está Vd. listo y limpio. Me debe Vd. diez céntimos por haberle quitado la mancha....

—Miserable! no ha sido mi mancha lo que me habeis quitado, sino mi amada! exclamó con estentórea voz el desgraciado vizconde, vuelto ya en sí y convencido de la triste y horrible realidad.

—¿Qué es lo que dice este figurín? repuso el hombre del corbatín encarnado: ¿yo le he quitado á Vd. la mancha? mi dinero al instante! ó de lo contrario....

El desgraciado Cancale pagó y se marchó mas muerto que vivo, conservando sin embargo aquella vaga esperanza que no abandona al hombre en medio de los mayores reveses.

Pero esta se desvaneció bien pronto. Aquella misma tarde recibió por el correo en su mentido domicilio una esquila concebida en estos términos:

"Caballero, es inútil que os presentéis en mi casa según era vuestro designio. Jamás podré aficionarme á un hombre que se quita las manchas en medio de la calle.—Firmado, la baronesa D... de la F..."

Este billete tan lacónico contenía dos inexactitudes que nuestro carácter de historiadores nos obliga á reparar. Primeramente no fué en la calle sino en el muelle donde el desgraciado *dandy* había sido sorprendido *in fraganti* de contrabando leonino; y después no se había hecho quitar mancha ninguna como suponía la baronesa, porque al día siguiente apareció la mancha mas floreciente que nunca. Desde este día ha resistido á todos los cáus-

ticos y no ha cesado de progresar, de tal modo, que el vizconde puede parodiar el célebre dicho de Francisco I en la batalla de Pavía, tan á propósito y tan verídico, que *todo se ha perdido excepto la mancha*.

R. S.

VICTORIA Y PERDON.

CON MOTIVO DE LA GUERRA DE AFRICA.

No la ambición de la mundana tierra
Que enloda y pisa la virtud sagrada,
Movi6 á mi patria á la africana guerra.
No la venganza airada,
Ní el sórdido coraje
Llev6 á la España á la sangrienta liza;
Vengarse es añadir ultraje á ultraje,
Y venganza los odios eterniza.
Mas noble, mas sagrada fué la idea
Que llev6 al pueblo hispano á la pelea.

Sin fé, sin religion, sin santas leyes
Se alzaba un pueblo en la vecina orilla
Que osó insultar en su ignorancia loca
La insignia de Castilla.
Jamás mancha el agravio
Si nace de mezquino y torpe labio.
Desprecia España á la agarena gente,
No á la venganza corre con fiereza,
Su mision es mas santa, es mas sagrada,
Vindicar la justicia atropellada.

Y aun mas allá su pensamiento eleva
La patria que de Iberia el nombre lleva;
A la agarena gente
Mostrarle quiere su nobleza tanta.
Brotará piedad santa
De aquellos corazones
Que en el campo lucharon cual leones;
Y si á la fe de Cristo se convierte
Hallará el africano
En el pueblo español un noble hermano.

Edades venideras,
Volved los ojos, contemplad la historia;
Sobre lagos de sangre se levantan
Los pueblos, las naciones,
Y á su triunfo feroz llamaron *gloria*.
No anheleis la victoria
Que emana de la fuerza, ni los lauros
Que humana sangre al vencedor costáran.

Aquellas que lidiaran
Destruyendo, asolando en su arrogancia,
Edades solo fueron
De barbarie, de error y de ignorancia.

Un fragmento aun existe
De esa gente feroz, bárbara, impía:
Mision ilustradora y sacrosanta
Hoy á la España á sus hogares guia.
Vencerá, Dios lo quiere, es guerra santa:
Pero despues que su victoria alcance,
Nueva Roma no duerma en sus trofeos,
Y enlace á su grandeza y su victoria
Del alma ciencia la esplendente gloria.

EDUARDO GALLUZZO.

El pollo del cardenal Dubois.

I.

El abate Dubois era hijo de un boticario de Brives-la-Gaillarde, y no falta quien ha dicho que reunia en su carácter todas las esencias, buenas y malas, de las drogas de la oficina paterna. Movable como el azogue, amargo como la hiel, seco y picante como la canela, fino como el ámbar y absorbente como el cloro, aunaba los vicios mas bajos con las mas elevadas cualidades, y los apetitos mas groseros con los mas generosos instintos. Infatigable en el trabajo, robaba á los negocios horas preciosas para hacer el papel principal en escenas de libertinaje ó en escandalosas orgías, y liberal hasta rayar en prodigalidad, llegaba á veces á demostrar la mas tenaz avaricia ó la mas sórdida economía.

Como primer ministro y cardenal, acostumbra á recibir todos los dias por la mañana á los pretendientes y á los grandes señores que eran bastante políticos ó viles para ir á hacerle la córte. Preciso es confesar que era muy limitado el número de estos; pero en cambio excesivo el de los primeros.

Una mañana en que el ministro, comunmente de mal humor, se habia hecho mas irascible aun á consecuencia de las peticiones extravagantes que doscientas personas, tal vez, le habian dirigido, vió entrar en su gabinete á un jóven de exterior modesto y de figura interesante.

Al aspecto del cardenal-ministro el jóven pretendiente se turbó y quedó inmóvil, aunque eran poco imponentes el ademan y la fisonomía de Dubois; pero el hombre mas necio, cuando se halla revestido de una autoridad sin límites, inspira á los novicios del gran mundo un embarazo invencible y un temor supersticioso.

—¿Qué quereis? ¿con qué objeto venís? preguntó el ministro con estentórea voz y lanzando miradas airadas al pretendiente.

—Monseñor, vengo... me presento... yo.... balbuceó el jóven poniéndose encendido como una grana y haciendo ridículas reverencias.

—¡Venís! ¡venís! replicó Dubois: ya veo que venís; pero ¿qué venís á hacer? hé aquí el *tu autem*. ¿Venís á proponerme tal vez alguna necedad, un plan, un proyecto, una invencion, eh? Acabo de arrojar ahora mismo á la calle á un galopin que pedía una intendencia, para ejecutar, segun decia, un plan de capitacion que ha imaginado. Otro descarado, que no he arrojado de aquí á palos, de lo que me arrepiento, me ha propuesto reedificar el Hotel-Dieu á su costa, mediante el privilegio de una lotería de beneficencia, de que habia de concederle la mitad de las ganancias; otro loco en fin, me ha asesinado con planes de hacienda; otro pretende proveer de agua del Sená á todo París, y me presenta mas de treinta planos que tengo la debilidad de mirar... Y todos me matan, me degüellan y me asedian, prosiguió el cardenal con creciente exaltacion, y me hacen perder el tiempo, la paciencia y la salud.... ¡Qué nube! ¡qué nube! Roban al rey y al estado, á los cuales he de dar cuenta de todos mis instantes.... me vuelven tan loco como ellos... y ya no puedo mas; estoy cansado, aburrido, indignado, muerto.

El jóven no opuso una sola palabra á este torrente de imprecaciones, y su silencio aumentó la furia del ministro, que exclamó levantándose bruscamente y asiéndole del nudo del corbatin.

—Vos sois tambien uno de esos eternos fastidiosos, y venís á colmar la medida; pero ¡voto á...! que no he de ser vuestra víctima.

—¡Monseñor! balbuceó el jóven.

—¡Sois un necio, un majadero, un imbécil.

—Monseñor, advierta vuestra eminencia...

—¡Qué monseñor, qué eminencia, ni qué calabazas! replicó Dubois, cuyo frenesí se aumentaba con la moderacion de su interlocutor; sois un desvergonzado, os lo repito... un ladron de tiempo, un traidor.

—Pero dignaos, monseñor...

—Monseñor no se digna de nada, dijo Dubois interrumpiéndole, y únicamente se digna daros con la puerta en las narices.

Y el primer ministro de Felipe de Orleans empujó brutalmente con brazo vigoroso al jóven por los dos hombros hasta la puerta, que cerró en seguida, y tras esta hazaña arrojó á la chimenea dos ó trescientas cartas, informes ó despachos diplomáticos que tal vez contenian datos importantes ó necesarios para el gobierno de Francia.

II.

El célebre Chirac era el médico de cámara del cardenal Dubois, y ejercia sobre su enfermo el mismo influjo que el divino Cervantes atribuye al doctor Tirte-Afuera sobre Sancho Panza, ó el que la historia aplica al físico Coictier, médico de Luis XI. En la tarde del mismo dia en que el primer ministro acogió con tanta amabilidad al jóven pretendiente, se sentó á la mesa con mas alegría de lo

que acostumbraba, porque la cólera en el estado crónico excita á veces el apetito. El enjuto y enfático Chirac estaba apoyado en su baston con puño de oro á algunos pasos de su enfermo, y Venier, benedictino secularizado y uno de los secretarios del ministro, sentado cerca de la chimenea, esperaba atentamente las órdenes de su ilustre protector.

—Me parece, dijo Chirac con ademán pedantesco y voz melíflua, que vuestra eminencia va á hacer honor á su cena.

—Tengo un apetito devorador, doctor querido, respondió el ministro, y juraría que todo ese pollo va á ser víctima de mi voracidad, pues tiene un aspecto seductor.

—Es verdad, monseñor, dijo Chirac, y justo es confesar que vuestro cocinero Bonvalot tiene un talento especial para asar los pollos. Sin embargo, monseñor, no hagais excesos, no recargueis demasiado un estómago tan útil á la Francia...

Dubois se rió de la ocurrencia, y preguntó:

—¿Con que creéis que mi estómago es útil á la Francia?

—Utilísimo, monseñor, y no lo tomeis á broma, dijo el médico cortesano; vuestra cabeza gobierna la Francia, y como en esta cabeza hay un cerebro, y el cerebro tiene íntimas relaciones con el estómago, no se puede maltratar al uno sin que deje de perjudicarse al otro.

Y mientras el médico hablaba, el ministro trinchó el capon. Pero siente de pronto que el trinchante que su mano empuña, halla una resistencia extraña; Dubois corta el nudo gordiano abriendo el vientre del pollo con un tajo rabioso, y ¿qué creéis que salió del cuerpo mantecoso del animal? ¿Qué?... Uno de esos dijés en que las Penélopes modernas encierran sus agujas.... ¡un alfiletero de plata!

—¡Tratan de envenenarme, exclamó, y mis criados están vendidos á mis enemigos! Mirad, doctor, vos que no há mucho haciais el panegírico de ese cocinero inimitable, mirad si eran justas vuestras alabanzas.

Chirac se encogió de hombros con disimulo, y sin responder directamente, dijo con voz doctoral:

—Lo mejor sería aclarar en el acto este enigma; que se presente el cocinero.

En tanto que un lacayo bajaba á las cocinas, el cardenal, constantemente bajo la influencia de la ira y tal vez del miedo, no cesaba de exhalar su rabia con blasfemias y juramentos propios de gentes de la mas baja ralea.

El cocinero Bonvalot apareció por fin con el gorro de algodón en la mano y el rostro sereno y tranquilo.

—¡Acércate, pícaro, traidor, infame!

Bonvalot permaneció inmóvil é impassible.

—¿Qué sucede, monseñor? preguntó con humildad.

—¡Qué sucede! ¡qué sucede! ¿Y se atreve á preguntar qué sucede? exclamó Dubois volviéndose hácia Chirac. ¡Qué descaro y qué impudencia en el crimen! ¿Qué sucede, miserable?... ¿No lo adivinas?

Y sacando el estuche de las entrañas del pollo, preguntó á Bonvalot:

—¿Qué es esto?

—Un alfiletero, monseñor.

—Eso ya lo sabemos, majadero; pero ¿por qué se halla en este sitio?

—Es el alfiletero de mi hija mayor, de Juanita.

—¿Y qué nos importa que sea de Juanita ó de Petrita? replicó el cardenal con los ojos encendidos de cólera. ¿Por qué culpable casualidad se halla este alfiletero en el pollo que has tenido la audacia de servirme?

—Juanita....

—Deja á un lado á las *tunas* de tus hijas, y responde *ad rem*, monstruo, exclamó Dubois.

Al oír este epíteto, que fué mas enérgico del que estampamos aquí, el cocinero irguió su cabeza, y su orgullo paternal se indignó y le hizo arrojar por un instante las cadenas de la servidumbre.

—¡Tunas, monseñor! dijo interrumpiéndole vivamente; no lo han sido de nadie, y menos aun de vuestra eminencia.

Esta audaz respuesta calmó algun tanto al irascible Dubois.

(Se concluirá.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

*Entre dos muelas molares
Nunca metas tus pulgares.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

